

PRÓLOGO A LA COLECCIÓN

Esta colección de biografías y ensayos perdidos nace con vocación de recuperar y volver a reivindicar algunos de los textos menos leídos de importantes autores nacidos en el siglo XIX. Se trata de ofrecer, por la vía de la narrativa y el ensayo principalmente, una visión de carácter plural del pensamiento y la literatura a través del relato biográfico.

La colección, de carácter amplio en su sentido más biográfico, no solo cuenta con autores españoles, sino también con algunos de fuera que tuvieron una notable influencia en la escritura, imaginarios y anhelos de la época como Rubén Darío o Giuseppe Garibaldi.

La decisión de editar de nuevo estos libros no puede sino corresponder a la voluntad por parte del equipo de Pandorado de poder leer los textos escritos en primera persona de algunos de los protagonistas literarios nacidos en el siglo XIX. En cada uno de los volúmenes encontramos reflexiones, preocupaciones, análisis, ideas y pensamientos que formaron parte de las grandes figuras de su época. De entrada, la decisión de recuperación de estas obras tiene que ver, y se encuentra en relación con la colección ante-

rior, «Escritoras inolvidables del siglo XIX», incorporando la obra biográfica y de reflexión, entendiendo la importancia de cuestiones como la educación, el papel de la cultura y la prensa escrita, la posición de España en el mundo, las influencias filosóficas —tanto patrias como extranjeras—, la crítica literaria, viajes y vivencias, así como el nacimiento del movimiento obrero.

Algunos textos de la colección se prepublicaron total o parcialmente en periódicos y revistas, sufrieron reescrituras o refundiciones en sucesivas ediciones librescas. En Pandorado hemos querido que estos textos se lean con una enorme fidelidad a las antiguas ediciones, pero en ediciones revisadas y corregidas con esmero y dedicación.

Por otra parte, sobre la variedad de títulos y declaración de intenciones, si prestamos atención a los límites genéricos entre memorias, recuerdos y autobiografías, etc., cuyos contornos se desdibujan y el foco de atención puede resultar impreciso, hay que aclarar que las memorias han sido caracterizadas por insertar sucesos en series temporales que tienden a fortalecer la conciencia de identidad imprescindible para indagar el sentido de la vida personal en sus conexiones históricas, ideológicas o estéticas.

Tradicionalmente se ha supuesto mayor voluntad y hondura estética en el autobiógrafo, y mayor superficialidad y agilidad periodística en quienes presentan sus textos como memorias, donde la concentración autobiográfica se extiende hacia el mundo exterior al ámbito vital del sujeto; se puede decir que en esta forma literaria los contextos mantienen un equilibrio, o incluso adquieren mayor

relevancia que las vicisitudes individuales del relator, alternando referentes públicos y privados. En cambio, la autobiografía como género se sustenta en un discurso egocéntrico —monólogo autobiográfico— que admite mayores dosis de subjetividad e intimismo y por ello más proclive a la transfiguración expresiva. No atañe a este tipo de testimonios personales la especulación sobre lo no vivido, la memoria autobiográfica se reduce a los límites de la experiencia consciente.

Si algo queda claro a primera vista en la dispersión literaria de estos autores y obras seleccionadas es que no venían a competir con la ciencia histórica ni a sustituirla, sino a coleccionar y archivar hechos presenciados, captados a modo de instantáneas fotográficas para «resucitar impresiones» y establecer contrastes entre lo viejo y lo nuevo.

A esto hay que añadir que la mayoría de ellos participaron de forma sucesiva y simultánea en universos sociales variados y en posiciones diferentes dentro de ellos. Esto implica que sus tomas de posición literaria estuvieron influidas por factores diversos procedentes de su situación concreta no solo dentro del campo literario, sino también en relación con otros ámbitos y condicionamientos sociales: el campo político, el religioso, el género, etc. Atender a la confluencia de este conjunto de circunstancias, en ocasiones encontradas, permite explicar cambios discursivos aparentemente contradictorios.

La producción literaria de los autores se inscribió en un contexto histórico en el cual se estaban produciendo rupturas y continuidades en la propia definición del Estado

liberal —por lo menos hasta la década de los años 40 del siglo XIX—; la crisis del Antiguo Régimen, la legitimidad de Cádiz, las guerras carlistas, dieron paso a tensiones políticas entre monarquía y república bajo los distintos gobiernos, sucediéndose transformaciones de las propias instituciones políticas, la creación del mercado nacional, la organización de la clase trabajadora con la llegada de los postulados socialistas, siendo la época de la Restauración, tras el fracaso republicano y la pérdida de las últimas colonias tras guerra contra los Estados Unidos la que marcó el final de siglo y el comienzo del siglo XX.

En definitiva, esta colección nace de la voluntad de recuperar textos que han sido, seguramente, menos leídos que las obras más conocidas de autores considerados en su mayoría como clásicos del siglo XIX; pero con el reto y la decisión de entender la literatura en castellano desde la diversidad, con nuestro mejor deseo y placer por la lectura.

Javier Martínez López

*Tutti gli uomini d'ogni sorte,
che hanno fatto qualche cosa che
sia virtuosa, o si veramente che
le virtu somigli, dovrebbero, essendo
veritieri e da bene, di lor
propria mano descrivere la lora
vita; ma non si dovrebbe cominciare
una tal bella impresa prima
che passato l'età dequarant'anni.*

*La vita de Benvenuto
de M. Cellini, Florentino.*

I

Tengo más años, desde hace cuatro, que los que exige Benvenuto para la empresa. Así doy comienzo a estos apuntes, que más tarde han de desenvolverse mayor y más detalladamente. En la catedral de León, de Nicaragua, en la América Central, se encuentra la fe de bautismo de Félix Rubén, hijo legítimo de Manuel García y Rosa Sarmiento. En realidad, mi nombre debía ser Félix Rubén García Sarmiento. ¿Cómo llegó a usarse en mi familia el apellido Darío? Según lo que algunos ancianos de aquella ciudad de mi infancia me han referido, un tatarabuelo tenía por nombre Darío. En la pequeña población conocíale todo el mundo por don Darío; a sus hijos e hijas, por los Daríos, las Daríos. Fue así desapareciendo el primer apellido, a punto de que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello, convertido en patronímico, llegó a adquirir valor legal; pues mi padre, que era comerciante, realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío, y en la catedral a que me he referido, en los cuadros donados por mi tía doña Rita Darío de Alvarado, se ve escrito su nombre de tal manera.

El matrimonio de Manuel García —diré mejor de Manuel Darío— y Rosa Sarmiento, fue un matrimonio de conveniencia, hecho por la familia. Así, no es de extrañar que a los ocho meses, más o menos, de esa unión forzada y sin afecto, viniese la separación. Un mes después nacía yo en un pueblecito, o más bien aldea, de la provincia, o

como allá se dice, departamento, de la Nueva Segovia, llamado antaño Chocoyos y hoy Metapa.

II

Mi primer recuerdo —debo haber sido a la sazón muy niño, pues se me cargaba a horcajadas, en los cuadriles, como se usa por aquellas tierras— es el de un país montañoso: un villorrio jamado San Marcos de Colón, en tierras de Honduras por la frontera nicaragüense; una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros, ¿negros?... no lo puedo afirmar seguramente..., —mas así os veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo— blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta risueña, bella. Esa era mi madre. La acompañaba una criada india, y le enviaba de su quinta legumbres y frutas un viejo compadre gordo, que era nombrado «el compadre Guillén». La casa era privativa, pobre, sin ladrillos, en pleno campo. Un día yo me perdí. Se me buscó por todas partes; hasta el compadre Guillén montó en su mula. Se me encontró, por fin, lejos de la casa, tras unos matorrales, debajo de las ubres de una vaca, entre mucho ganado que mascaba el jugo del yogol, fruto mucilaginoso y pegajoso que da una palmera, y del cual se saca aceite en molinos de piedra como los de España. Dan a las vacas el fruto, cuyo hueso dejan limpio y seco, y así producen leche que se distingue por su exquisito sabor. Se me sacó de mi bucólico refugio, se me dio unas cuantas nalgadas, y aquí mi recuerdo de esa edad desaparece como una vista de cinematógrafo.

Mi segundo recuerdo de edad verdaderamente infantil es el de unos fuegos artificiales en la plaza de la iglesia del Calvario, en León. Me cargaba en sus brazos una fiel y excelente mulata, la Serapia. Yo estaba ya en poder de mi tía abuela materna, doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, cuyo marido había ido a buscarme a Honduras. Era él un militar bravo y patriota, de los unionistas de Centro América, con el famoso caudillo general Máximo Jerez, de quien habla en sus *Memorias* el filibustero yanqui William Walker. Le recuerdo: hombre alto, buen jinete, algo moreno, de barbas muy negras. Le llamaban «el bocón», seguramente por su gran boca. Por él aprendí, pocos años más tarde, a andar a caballo, conocí el hielo, los cuentos pintados para niños, las manzanas de California y el champaña de Francia. Dios le haya dado un buen sitio en alguno de sus paraísos. Yo me criaba como hijo del coronel Ramírez y de su esposa doña Bernarda. Cuando tuve uso de razón, no sabía otra cosa. La imagen de mi madre se había borrado por completo de mi memoria. En mis libros de primeras letras, algunos de los cuales he podido encontrar en mi último viaje a Nicaragua, se leía la conocida inscripción:

Si este libro se perdiese,
como suele suceder,
suplico al que me lo hallase
me lo sepa devolver.
Y si no sabe mi nombre,
aquí se lo voy a poner:

Félix Rubén Ramírez